



CRÍTICA Y PODER: ÁNGEL RAMA Y EL LATINOAMERICANISMO

Criticism and Power: Ángel Rama and Latinoamericanism

Crítica e Poder: Ángel Rama e o Latino-americanismo

Graciela Montaldo¹  

¹ Columbia University, ESTADOS UNIDOS

RESUMEN

El artículo se enfoca en el desarrollo del “latinoamericanismo” como disciplina en la segunda mitad del siglo XX a través de las actividades de sus críticos más relevantes, centrándose en el rico archivo documental que proporcionan las cartas y diarios de Ángel Rama. Se estudian las formas de intervención crítica y la articulación con la política. La hipótesis central investiga los intentos de fundar una crítica y una teoría que, desde América Latina, interpele a los centros del pensamiento crítico hegemónico y que se sostengan en particularidades latinoamericanas. Si bien el proyecto tuvo una vida limitada, como conclusión, se describe un panorama de ciertas continuidades del pensamiento crítico afincado en el continente a través de la crítica feminista contemporánea, que rediseña la intervención del discurso latinoamericano en la discusión teórica global.

Palabras clave: Ángel Rama, latinoamericanismo, décadas de los 60 y 70, boom latinoamericano, crítica literaria, cultura y política.

ABSTRACT

This article focuses on the development of “Latin Americanism” as a discipline in the second half of the 20th century through the activities of its most relevant critics, focusing on the rich documentary archive provided by Ángel Rama’s letters and diaries. Forms of critical intervention and articulation with politics are studied. The central hypothesis investigates the attempts to found a critique and a theory that, from Latin America, challenges the centers of hegemonic critical thought and that are sustained in Latin American particularities. Although the project had a limited life, in conclusion, a panorama of certain continuities of critical thinking based on the continent is described through contemporary feminist criticism, which redesigns the intervention of Latin American discourse in the global theoretical discussion.

Keywords: Ángel Rama, Latinoamericanism, 60’s-70’s, Latin American Boom, Literary Criticism, Culture and Politics

RESUMO

Este artigo aborda o desenvolvimento do “latino-americanismo” como disciplina na segunda metade do século XX, por meio das atividades de seus críticos mais proeminentes, com foco no rico arquivo documental fornecido pelas cartas e diários de Ángel Rama. Estuda as formas de intervenção crítica e sua conexão com a política. A hipótese central investiga as tentativas de estabelecer uma crítica e uma teoria a partir da América Latina que desafiem os centros do pensamento crítico hegemônico e que se baseiem nas particularidades latino-americanas. Embora o projeto tenha tido uma vida útil limitada, o artigo conclui descrevendo certas continuidades do pensamento crítico enraizadas no continente por meio da crítica feminista contemporânea, que redesenha a intervenção do discurso latino-americano na discussão teórica global.

Palavras-chave: Ángel Rama, Latino-americanismo, décadas de 1960-1970, Boom Latino-Americano, Crítica Literária, Cultura e Política.

Fecha de Recepción	2024-08-09
Fecha de Evaluación	2024-09-03
Fecha de Aceptación	2024-10-02

INTRODUCCIÓN

A fines de 2022 se publicó un nuevo libro de Ángel Rama (1926-1983), *Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983*. Digo ‘nuevo’ en el sentido de la lectura de Javier Guerrero sobre la sobrevida de las ‘obras’ de un autor, aquellas escrituras u objetos que vivieron dormidos en el archivo de un escritor muerto y que, a través de alguien que las revise, pueden recuperar su ‘plasticidad’, reinsertarse nuevamente en el flujo de la vida. En *Escribir después de morir. El archivo y el más allá* (2022), Guerrero explora cómo aquello que un escritor deja detrás de sí se puede convertir en obra, cobrar vida desde el archivo¹. El libro de correspondencias de Rama recupera gran parte de las cartas que se envió durante cincuenta años con los actores más importantes del campo intelectual latinoamericano. El archivo consta de cartas profesionales y personales.

Creo que estas cartas permiten comprender bien la dimensión continental del proyecto de la crítica latinoamericanista en los años 60 y 70 y su relación con el contexto mundial. A través del pensamiento crítico se intentó diseñar un lugar para el continente así como también llevar adelante los debates sobre cómo insertar a Latinoamérica en el mundo intelectual con un proyecto alternativo al de la cultura occidental, aunque integrado a ella. El libro muestra cómo a través de la carta, esa tecnología hoy tan distante y que fue el motor de las relaciones intelectuales de aquel momento, se creó una red de críticos y escritores, hombres y mujeres, y todo lo que ese movimiento y esa red generaron, los decisivos diálogos intelectuales de la región. La carta era el medio para construir mundo, para transnacionalizar los debates y las discusiones intelectuales. Esos diálogos se sustentaban en una forma particular del tiempo (la espera entre el envío y la respuesta), en las posibles y frecuentes pérdidas, en la distancia como medida de los vínculos y, naturalmente, en la escritura como medio para trabajar esos vínculos y llevar adelante los proyectos. A través de esta correspondencia se puede entender un momento de la construcción del latinoamericanismo como estrategia y defensa, por un lado, ante el avance del pensamiento teórico de la filosofía europea; y, por otro lado, ante el interés en generar un espacio de reflexión latinoamericano desde las propias realidades de los países del continente.

En *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline* (2018)², Fernando Degiovanni estudia el desarrollo de una disciplina en el contexto hemisférico, y la forma

¹ Guerrero analiza original y creativamente los archivos de Reinaldo Arenas, Pedro Lemebel, Delmira Agustini, Pilar y José Donoso, Salvador Novo, Severo Sarduy y Paz Errázuriz.

² Traducido como *Latinoamericanismos situados. Guerra, mercado, literatura* (2024).

en que el hispanismo y el latinoamericanismo surgen como campos que negocian su lugar en medio de las políticas culturales transnacionales, desde fines del siglo XIX hasta mitad del siglo XX. Degiovanni reconstruye a través de cartas, documentos, colecciones, antologías, revistas, las tramas académicas entre Estados Unidos, España y América Latina, sus programas intelectuales, los incentivos a la cultura y al intercambio cultural, los exilios y las posiciones políticas. Deja en claro que la disciplina que estudia la cultura latinoamericana y, especialmente, la literatura, se fue articulando a través de negociaciones intrincadas entre actores (escritores, críticos y profesores) e instituciones (universidades, editoriales y revistas) en medio de coyunturas políticas muy concretas (la Primera Guerra Mundial, la reforma universitaria del 1918 en Argentina, la guerra civil española, el contexto de la Guerra Fría). Ese primer latinoamericanismo nació como negociación entre intelectuales norteamericanos y españoles por el control sobre la lengua.

Las cartas de Rama (2022) vienen a completar la construcción de esa disciplina, crean el archivo de la segunda parte del siglo XX y cuentan el revés de la trama, cómo se establecieron las conexiones y cómo se fraguaron las discusiones que marcaron los debates latinoamericanos hasta finales del siglo pasado. A diferencia de lo que estudia Degiovanni en su libro (un latinoamericanismo armado con fuerte incidencia de los intereses geopolíticos norteamericanos y europeos), el latinoamericanismo de la segunda mitad del siglo XX está construido por los propios latinoamericanos, como una disciplina de autoafirmación cultural y como una intervención política en el complejo mundo de la Guerra Fría y con la gravitación de la Revolución cubana tensando aún más las relaciones en el continente y en un contexto, además, de generalizada politización social. Pero en los dos casos, se hace evidente cómo el latinoamericanismo requiere, para su constitución, de un intercambio y negociación con un mundo por fuera del continente.

Las cartas de Rama son una respuesta crítica a la fundación de la disciplina. Rama se carteaba con los escritores y críticos que compusieron el campo intelectual latinoamericano, aquellos que estaban en el primer plano, y aquellos que actuaban en un segundo plano pero que fueron también imprescindibles para poner en movimiento toda esa escena³. Además de entretelones y cuestiones personales, esas cartas nos dan ideas claras sobre los mecanismos de construcción de la comunidad

³ Estos son solo algunos de los corresponsales: Roberto Fernández Retamar, Mario Benedetti, Marta Traba, Mario Vargas Llosa, Carlos Quijano, Antonio Candido, José María Arguedas, Rosario Ferré, Jorge Ruffinelli, Idea Villarino, Juan Goytisolo, Haydée Santamaría, Carlos Fuentes, Rafael Gutiérrez Girardot, Juan Gustavo Cobo Borda, Julio Cortázar, Octavio Paz, Eduardo Galeano, Juan Carlos Onetti, Darcy Ribeiro, Jean Franco, Antonio Cornejo Polar, Tulio Halperín Donghi, Alejo Carpentier, Aracy Amaral, Augusto Roa Bastos, Luis Harss, Reinaldo Arenas, Heberto Padilla, todos en distintos países, diferentes continentes.

intelectual en un contexto de mundialización. Mencionaré algunos ejes que creo imprescindibles para la construcción de aquella comunidad.

En primer lugar, quiero plantear lo que llamo 'futuridad'. En la producción intelectual del momento, se hace evidente la proyección hacia el futuro; críticos y profesores trabajan para sentar las bases de lo que vendrá. Hay una voluntad de actuar hoy para colonizar el tiempo por venir, que —en el imaginario de entonces— será un tiempo de protagonismo de América Latina en el mundo. Llama la atención la cantidad de proyectos que se estaban desarrollando y que algunos agentes, como el caso de Rama, ayudan a conectar. Y esto se inscribe en un horizonte político revolucionario, o al menos de transformación. Esto se hace muy visible, por ejemplo, en las discusiones sobre la narrativa del *boom* como fenómeno particular de América Latina (Rama, 1984; Sorensen, 2007; Ayén, 2014). Esa narrativa no constituye un corpus homogéneo ni tiene una estética compartida sino que, por el contrario, se conforma de muchos proyectos individuales (Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Alejo Carpentier, por nombrar a los más notables). Las cartas dejan en claro cómo los críticos y escritores se movilizan para impulsar a sus colegas latinoamericanos, defendiendo la idea de una literatura poderosa, de gran valor estético, que se quiere posicionar internacionalmente, y que aún en sus diferencias se identifican como obras latinoamericanas. A su vez, conceptos como 'nueva narrativa latinoamericana' ponen en movimiento una literatura emergente, de jóvenes escritores que la red de críticos quiere promover, darle visibilidad y apoyo para robustecer el corpus de la producción latinoamericana.

Hubo además una gran cantidad de revistas literarias, culturales y políticas, como *Marcha* y *Casa de las Américas*, que aglutinaron ideas nuevas, promovieron estéticas, discusiones, polémicas, tramaron discursos culturales para explicar qué estaba pasando en el continente y para crear un nuevo marco conceptual que permitiera explicar la historia, la revolución (cubana), la emergencia de nuevos movimientos insurgentes y un futuro de protagonismo latinoamericano. Y hubo también proyectos editoriales, colecciones de clásicos, antologías de escritores jóvenes, traducciones, entre ellos la *Biblioteca Ayacucho*, la más célebre. Todo ello desembocará en el intento de fundar un pensamiento crítico latinoamericano, una teoría crítica desde América Latina. Hay una idea de unidad continental hacia el futuro.

En segundo lugar, sobresale la peligrosidad de la condición política del intelectual. Las cartas revelan la precaria situación en que vivieron muchos de ellos por sus opciones políticas. Las persecuciones, los exilios, las prohibiciones a entrar en ciertos países, las deportaciones, las

negaciones de visas, muestran un mundo atravesado por la polarización política. Ese mundo de exilio o migración lo vivieron muchos que quedaron confinados en países hostiles por no poder volver al propio. Esto se dio en un contexto de dictaduras en buena parte de América Latina, pero también de persecución ideológica en medio de las tensiones de la Guerra Fría. Le pasó a Rama, que fue deportado de Colombia, de México y, finalmente, expulsado de Estados Unidos (y tuvo problemas para ingresar a Alemania y Brasil). Pero muchos otros sufrieron la misma suerte durante los años 70. Ahí están las cartas en que se moviliza a escritores e intelectuales a pedir ante presidentes y autoridades migratorias libertad y permisos para circular por diferentes países. El mundo aparece, al mismo tiempo, como un lugar hostil (cuando se depende de visas y controles migratorios), pero también como un refugio cuando el propio país se convierte en zona de peligro, persecución y muerte. En este punto, también la dimensión transnacional es definitiva.

Ligado a esto, se lee a través de las cartas la precariedad económica y laboral de los intelectuales, su condición de profesionales en un mercado reducido. Hay críticos y profesores que piden cartas de recomendación, que averiguan por posibilidades de trabajo fuera de sus países, que piden cualquier tipo de trabajo *free-lance* (traducir, prologar libros, editar antologías, organizar colecciones, etc.), que solicitan cátedras u horas de enseñanza. La crítica literaria ya es profesional en ese momento, pero el mercado de trabajo es pequeño en cada país. A medida que el latinoamericanismo como disciplina se amplía, el mundo va ofreciendo otras posibilidades laborales, sin embargo, no es fácil para la mayoría encontrar trabajos estables que les permitan no solo sobrevivir económicamente sino llevar adelante la tarea de investigación, y poder desarrollar los proyectos a futuro.

En tercer lugar, las cartas dejan en claro las estrategias de los intelectuales de izquierda para conseguir manejar el campo durante esas décadas convulsionadas en las que la polarización entre izquierda y derecha crispaba los vínculos y generaba enfrentamientos peligrosos (tanto acusaciones personales como denuncias públicas de posiciones políticas; el caso Padilla fue el más resonado). Y, como coda, podría agregar que la correspondencia expone también las diferencias culturales entre los diferentes países latinoamericanos, cuestionando claramente la unidad del continente. Esto se lee en el revés de trama de las cartas porque, en la superficie, la voluntad por construir un movimiento crítico-intelectual latinoamericano para intervenir en la escena mundial oculta gran parte de las fracturas internas.

Rama estuvo en el centro de la creación de este latinoamericanismo, pero el suyo no fue el único proyecto. Hubo, además, al menos otras dos estrategias para posicionar la cultura latinoamericana en el mundo. La más conflictiva fue la encabezada por Emir Rodríguez Monegal y su intento, a través de la revista *Mundo Nuevo* (con sede en París), de cooptar a los intelectuales y escritores del continente en una suerte de comunidad aséptica, distanciada de los compromisos políticos, de las adhesiones a los regímenes revolucionarios, a los movimientos de descolonización y el activismo radical. Su proyecto —financiado originalmente por la Fundación Ford— siempre generó desconfianza entre sus colegas, precisamente por su pretensión de mantener la cultura separada de sus vínculos con la política y, especialmente, con los hechos concretos que se estaban sucediendo en el continente y sobre los cuales los intelectuales eran los primeros en posicionarse y tomar partido. Pero la desconfianza se volvió firme oposición y enfrentamiento cuando, en 1967, se hace público que la revista estaba financiada por la CIA a través del “Congreso por la libertad de la cultura”. Esta confirmación terminó de desbaratar el proyecto de *Mundo Nuevo* y, aunque Monegal trató de rearmar su grupo en otras revistas, nunca pudo competir con los intelectuales de izquierda que lo denunciaron y siguieron con sus propuestas alternativas a las instituciones americanas, creando desde América Latina (Mudrovcic, 1997).

Opuesto a este proyecto, se desarrolla el franco compromiso intelectual con el comunismo. El antiimperialismo que sostenía toda la izquierda intelectual en el continente encuentra una formulación contundente en un ensayo del crítico cubano Roberto Fernández Retamar (1971), el gran referente de la crítica latinoamericana de esos años dentro y fuera de la isla. En 1971 publica su célebre conferencia “Calibán” en la que desarrolla la teoría del coloniaje y cómo los intelectuales latinoamericanos fueron colonizados culturalmente durante siglos⁴. Retoma así las ideas de Martí en “Nuestra América” pero discute con un ensayo fundador, de 1900, *Ariel* de José Enrique Rodó. La figura de Calibán como el esclavo, el colonizado, el subalterno, crea una nueva agencia para la cultura latinoamericana. Calibán se convierte aquí en un sujeto identitario fuerte que debe llevar adelante el proceso de descolonización cultural. Para Retamar, la cultura latinoamericana debe reconfigurarse en dos sentidos; por un lado, debe sacarse de encima el tutelaje de las culturas dominantes; por otro, debe mirar su propia producción cultural y establecer nuevos paradigmas que lleven a un camino de descolonización y creación alternativa. Esta idea de una cultura sojuzgada y amenazada por la hegemonía de los países imperiales generó un modelo que fue criticado como esencialista pero, en su

⁴ El ensayo fue reeditado como libro, en México, con el subtítulo *Apuntes sobre la cultura en Nuestra América*, en 1971.

momento, descubrió una polémica abierta en el seno de la intelectualidad latinoamericana sobre aquello que diferenciaba a América Latina del resto del mundo. La discusión sobre la ‘autenticidad’ de lo latinoamericano sobrevoló las discusiones de todos los grupos⁵.

TEORÍA Y SOCIOLOGÍA DE LA CULTURA

Creo que el proyecto que nucleó Rama fue el que se impuso. Uno que no fue radical y que trató de negociar las diferencias internas. En el corazón de este proyecto hay, sin embargo, una tensión que marcó el pensamiento crítico en los años 60 y 70: el interés en la ‘teoría’ (entendida como filosofía y pensamiento crítico) por un lado y, por otro, el desarrollo de una dura sociología de la cultura para interpretar la producción letrada y popular.

Comienzo por la teoría. En ese momento, coinciden los años de impulso revolucionario con los años en que la autorreflexión inicia una nueva articulación de los fenómenos culturales. En el contexto de experiencias emancipatorias y de transformaciones, la cultura y la política entran en un circuito de reflexión teórica que marca los discursos del período (Montaldo, 2016). En un mundo que se presenta abierto a cambios que se querían radicales, la nueva concepción de la cultura remite a una práctica crítica. Si desde la modernidad la cultura funcionó, históricamente, en paralelo con la política, estableciendo diferentes relaciones con ella, en los años 60 esa relación se volvió dominante y definió gran parte de la producción estética. Los años 60 fueron un momento de ‘resistencia’ activa (no siempre radical) a la cultura hegemónica y a los mandatos que venían de la tradición, las instituciones y el mercado. La resistencia se pudo expresar de muchos modos. En América Latina hubo una resistencia al sistema a través de las formas de la vanguardia o la experimentación, que criticaban las instituciones culturales en su conjunto. Se desarrollaron los movimientos contestatarios o contraculturales (el cine de Glauber Rocha o Raúl Ruiz, la escritura de Rodolfo Walsh, José Revueltas, Osvaldo Lamborghini, o intervenciones artísticas como “Tucumán Arde”). Esas radicalidades tuvieron su versión más liviana; la literatura del *boom*, por ejemplo, presentó una versión para consumo ilustrado de las categorías de crítica y emancipación, y de la relación arte-vida. Fue muy exitosa en difundir un modelo anticonvencional antes que experimental (Montaldo, 2019).

⁵ Hubo también otros proyectos conexos, pero de impacto más limitado, como la Conferencia Tricontinental, un encuentro político internacional para la solidaridad de los pueblos de Asia, África y América Latina, que se reunió en la Habana, Cuba, en 1966.

La teoría había impregnado la práctica intelectual y allí estaban los grupos de críticos en Europa que reconceptualizaban la práctica estética en su capacidad de volverse autoconsciente. Allí estaban el estructuralismo, el grupo de la revista *Tel Quel*, el postestructuralismo y la escritura de Roland Barthes a la cabeza del nuevo posicionamiento de la crítica. La crítica literaria se convirtió en un discurso sofisticado, que entabló diálogos de igual a igual con la literatura, con la filosofía. Barthes declara a la teoría, la autorreflexión, una práctica que pone en peligro el *status quo*; Severo Sarduy en *Escrito sobre un cuerpo* (1969) desarrolló esta idea para el contexto literario latinoamericano.

La teoría fue una práctica reflexiva sobre las condiciones de supervivencia del arte cuando se vio amenazado por el consumo y la masificación; fue una práctica autorreflexiva que el arte y la literatura llevaron a cabo para comprenderse a sí mismos y reflexionar acerca de sus vínculos con lo social. El punto central es que la teoría parece tener que justificar la tradición de lo estético en un mundo que avanza hacia la revolución. Ya que el arte y la literatura pertenecen a la tradición burguesa, la teoría introduce, desde la izquierda, un argumento para reivindicar su carácter contestario.

Este impulso teórico coincide, como dijimos, con el momento de creación de un nuevo pensamiento crítico y teórico que teorizaba sobre las complejidades de América Latina, pero que además era ‘latinoamericano’, es decir, que cuestionaba la hegemonía del pensamiento teórico europeo y americano y que sentaba las bases de un pensar construido en base a problemas y categorías de la región, ligado a las luchas del continente. Para eso, se necesitaron también otras herramientas que ‘contextualizaran’ la producción cultural. Desde comienzos de los años 60, este pensamiento crítico se colocó frente al desarrollo del pensamiento teórico europeo y americano como una reflexión alternativa a la hegemonía teórica y, en muchos casos, se enfrentó a ella. Sin duda encontramos allí la potencia de una crítica latinoamericana conceptualista y preocupada por posicionarse políticamente, por cuestionar su propio lugar desde un espacio de minoridad pero como desafío a la hegemonía del saber. Por entonces fueron muchos los intentos de fundar no solo una literatura latinoamericana que interpelara al escenario literario global, sino los de crear una teoría desde el tercer mundo, el subdesarrollo o lo que hoy llamamos el sur global⁶. Y en América Latina el

⁶ Desde “Nuestra América” (1891) de José Martí, estaba explícitamente planteada esta necesidad. Todas son categorías ambiguas que denominan el lugar minoritario y el reconocimiento de que existe una hegemonía de la que no se participa.

desarrollo de la teoría fue una práctica política en tensión con la otra disciplina clave del período, la sociología de la cultura.

Podemos ver escenificada esta tensión en el célebre “caso Padilla”, que fue un claro ejemplo de mundialización de la cultura latinoamericana. En 1971 se produce en La Habana el caso que parte las aguas de la intelectualidad de izquierda en el mundo: el encarcelamiento y posterior retractación del poeta Heberto Padilla, acusado de contrarrevolucionario⁷. En la retractación se pueden escuchar las tensiones entre lo que el arte debe ser en la revolución: no una construcción autónoma sino una forma de servir al movimiento (la soviétización de la cultura). Hubo dos cartas públicas de intelectuales internacionales pidiéndole directamente a Fidel Castro, la primera por la liberación de Padilla, la segunda por el peligro de someter a cualquier ciudadano a procesos de censura y autoincriminación. La comunidad internacional movió sus redes en ambas cartas; en la primera firmaron muchos intelectuales latinoamericanos; en la segunda, menos. En los dos casos, se trató de escritores. Ni Rama ni otros críticos las firmaron.

En medio de estas tensiones, y frente a una concepción teórica de la literatura, Rama sostiene (y, en gran medida, logra imponer) otra perspectiva. Rama mezcló la teoría con la sociología de la cultura en un diálogo que fue conceptualmente importante, generando tópicos básicos para entender la cultura latinoamericana, tales como “ciudad letrada” (Rama, 1984) o “transculturación narrativa” (Rama, 1982). El pensamiento abstracto, para él, debía estar siempre anclado en un contexto preciso. Hay una cita, en carta a Ruffinelli del 28 de febrero de 1973, en que la tensión entre teoría y sociología se pone en evidencia:

Y si a esto se agrega que me he sumergido en los estudios de estructuralismo y semiología, completás un panorama un poco aplastante. Creo que lo hago para defenderme del ambiente que no me gusta: aquí atribuyen el caos, el nihilismo y la desesperación arbitraria que reina en la Universidad, a la refluencia del fracaso guerrillero, y alguno me dijo que ya veré lo mismo en mi país. (Rama, 2022, p. 396)

⁷ En 2022 Pavel Giroud presenta su documental *El caso Padilla*, con parte de la filmación original de la retractación del poeta. Si bien la transcripción del discurso se conoció inmediatamente, las imágenes de un hombre transpirando, enroscándose sobre sí mismo, enfatizando los insultos y acusaciones contra sí mismo, muestran la violencia ejercida por el régimen de Castro sobre quienes no mostraran adhesión total al régimen.

La cita es tristemente irónica, pero revela la mezcla de las prácticas y cómo Rama las experimentaba. Estudia estructuralismo (algo “aplastante”) para enfrentar la realidad hostil, pero la realidad hostil es la que se impone y tensiona los estudios de la teoría⁸.

Rama fue el intelectual estrella de la crítica sociológica latinoamericana en los 60 y 70. Como dijimos, fundó revistas, editoriales, colecciones, escribió libros fundamentales sobre literatura latinoamericana y también difundió sus ideas en la prensa, dio clases en universidades e instituciones de las Américas y Europa, promovió la creación de grupos y equipos de trabajo y creó una fuerte identidad entre los críticos latinoamericanos. Su gran proyecto fue estudiar la literatura latinoamericana como un objeto heterogéneo pero también único, diferente de otras tradiciones culturales, que tenía autonomía, del cual había que definir su constitución original y descubrir sus mecanismos internos. No era tarea para un solo hombre. Por eso invirtió su carrera en generar “equipos intelectuales” (así los llamó) a lo largo del continente que reflexionaran en conjunto para conceptualizar, a través de la historia y la sociología de la cultura, las condiciones que permitieron la creación de una literatura diferente.

La colección *Biblioteca Ayacucho* es quizás su intervención institucional más representativa: un plan de 500 obras de autores latinoamericanos (que él no llegó a completar, pero que continuó después de su muerte) en donde convivirían los canónicos con quienes no habían accedido al reconocimiento institucional. La Biblioteca sostenía una idea amplia de literatura que incluía poesía, narrativa, ensayos, crónicas; una idea amplia también del continente no dividido por cuestiones lingüísticas (se incluye Brasil y el caribe anglófono y francófono y también lenguas indígenas); una vinculación estrecha de la literatura con su contexto histórico y cultural de producción (los apéndices finales que traen datos históricos); y un intento de inserción de la obra en el contexto histórico y cultural mundial. Además, cada volumen contaba con extensos y eruditos prólogos que explicaban la obra como el producto de las tensiones políticas y sociales de su época pero también —armados con nuevas herramientas críticas, ‘teóricas’— sus autores analizaban las particularidades estéticas y formales de la escritura. Aquellos volúmenes muestran la idea de Rama de integrar la sociología y la teoría. El proyecto es gigantesco (componer el corpus de la literatura latinoamericana) y parece tener un doble propósito: por un lado, entregarle ese corpus, en tanto tal, a los propios latinoamericanos;

⁸ No creo que esto se vincule a la idea de “traveling theory” de Edward W. Said (2000). Si bien Rama ‘adapta’ la teoría, la que es modificada por el contexto, creo que el énfasis está puesto en la tensión que el uso de la teoría implica en países como los latinoamericanos.

por otro, mostrarle al mundo occidental que esa literatura existe, que es compleja, y que tiene una tradición de siglos

En su exilio venezolano Rama trabaja incansablemente. Él llegó a Caracas en 1972 para dictar seminarios de literatura pero el golpe de estado de Uruguay, en junio de 1973, lo encontró allí y ya no pudo regresar a su país por las condiciones impuestas por la dictadura militar. También comienza a llevar un diario que se puede leer como el reverso de su intensa vida de trabajo; allí va acumulando los resentimientos del exilio forzado, la poca acogida del medio intelectual venezolano, el desencanto con sus colegas latinoamericanos y, en general, con los intelectuales y artistas del continente. Recordemos que ya estamos un poco distanciados de la efervescencia política de la revolución cubana y sus promesas emancipatorias para todo el continente y que en varios países (Brasil, Uruguay, Chile y vendría luego Argentina) dictaduras genocidas estaban diezmado la población de obreros, activistas, intelectuales, artistas. Su diario será el registro de un hombre maduro, desencantado, en contraposición con el despliegue de una intensa agenda de trabajo que se desarrolla en las cartas (incluso en las contemporáneas al diario).

EL LATINOAMERICANISMO

Retomo ahora una de las aperturas que trae el libro de correspondencia de Rama: la de los proyectos. Leer este detrás de escena del mundo de la crítica y la cultura, aporta otra perspectiva que la que traen los libros, las colecciones, los prólogos, las revistas, sobre la experiencia de esos años. La tramoya que exponen estas cartas muestra cómo se pensaba la construcción de un latinoamericanismo. Recordemos que los libros no circulaban entre los diferentes países del continente y que la función de los críticos y los viajeros llevando y trayendo, mandando por correo o con viajeros libros, revistas, cartas, paquetes, era el modo en que se podía conocer la producción cultural de los diferentes países. De modo que esa construcción requirió de una enorme voluntad y trabajo. El caso paradigmático es Cuba. En una carta fechada en Montevideo el 25 de agosto de 1964 dirigida a Marcia Leiseca (una de las fundadoras de Casa de las Américas de la que fue vicepresidenta hasta 2019), Rama dice:

El rompimiento [de relaciones diplomáticas con Cuba, de varios países latinoamericanos por presión de Estados Unidos] paralizará la tarea de la Casa si no se organiza desde ya una eficiente red de comunicaciones, con postas, relevos, etc. Parece lenguaje medieval, es simplemente el lenguaje que impone la situación. Les pido que lo estudien, que me indiquen llegado el caso como establecer la comunicación. Me ofrezco para servir de enlace en lo que pueda con otros países. (Rama, 2001, p. 177)

En los 60, Rama habla de la actividad crítica e intelectual con expresiones como “plan de acción”, “cruzada”; habla de él mismo como un “agente”, del proyecto como “causa única latinoamericana”. Todo debe hacerse con esfuerzo, todo debe ser supervisado cuidadosamente. Resulta curioso hoy pero, en los primeros años de la década de los 60, el mundo literario latinoamericano no tiene agentes literarios. Rama funciona como un agente multifunción que piensa qué autores conviene publicar, a cuáles promover, qué contactos personales serán buenos para promover cierta literatura, cómo dar a conocer ciertos libros y, fundamentalmente, cómo conectar la dispersa producción latinoamericana para que se establezca como un todo coherente y autónomo dentro de la literatura mundial⁹.

Pero, sin duda, el principal planteamiento que las cartas discuten es el interés por construir un discurso crítico y teórico sobre ‘lo latinoamericano’. Comenzando con sus experiencias académicas con estancias temporarias en Puerto Rico y Venezuela, Rama se pone en contacto con las diferentes culturas del continente; ideológicamente el latinoamericanismo es un proyecto intelectual innegociable; en la práctica, Rama reconoce la diversidad del continente y las dificultades para sentir que existe una identidad común. Las diferencias culturales son muchas. Sin embargo, siempre insistió en la idea de una teoría y práctica latinoamericana. Muy tempranamente, en una carta dirigida a su amigo y colega uruguayo José Pedro Díaz que está en Europa, el 19 de junio de 1950, escribe:

Hay que chuparle a Europa todo lo que pueda darnos. Esa es la obligación de todo americano auténtico porque debemos crear a partir de la gran tradición europea y de la experiencia de un país, de un mundo chiquito donde nacimos y desde donde oteamos el universo. (Rama, 2001, p. 102)¹⁰

No se trata todavía de la teoría de la transculturación, pero es la ideología que está en el sustrato de la composición del latinoamericanismo, el telón de fondo donde se recorta una teoría de la diferencia latinoamericana y que tiene que ver con la “formación” intelectual rioplatense. Hay que producir desde una diferencia cultural, pero dentro del mundo. Muchos años después, lo dirá de manera más clara; desde Puerto Rico, el 16 de enero de 1971, le escribe a Jorge Ruffinelli contándole

⁹ Ya a fines de los 70 Rama menciona varias veces en sus cartas a Carmen Balcells y lo difícil que se está haciendo la negociación de derechos de los libros de los amigos de tantos años, que solían cederlos solidariamente y venderlos a bajo precio. La aparición de Balcells y su agencia cambiará ese panorama de cercanía entre escritores, editores y críticos y profesionalizará las relaciones editoriales. El libro de Ayén agrega mucho material sobre este punto.

¹⁰ En una carta, por cierto, en que le cuenta que lo echaron de la revista *Marcha*, con un complot de algunos colegas, que se va a casar en esos días, que está armando la casa, y en donde él, que nunca ha ido a Europa, le da consejos a su amigo sobre qué visitar en Italia, Francia, etc.

por qué no quiere trabajar en universidades de Estados Unidos y subraya la falta de contacto con la realidad hispanoamericana:

No, no voy a los Estados Unidos. Acabo de rechazar un ofrecimiento de la Universidad de Nueva York, como antes rechacé otros. Mientras pueda sobrevivir en cualquier otro lugar del planeta, lo haré, y no por un principismo político de esos primarios al uso, sino porque no sé trabajar sino motivado por otras razones que las de ganar dinero y vivir cómodo: necesito sentir que sirvo para algo, que hablo a alguien a quien soy útil y no es esa —al menos por ahora— la situación que me ofrecería irme a Estados Unidos. (Rama, 2001, p. 320)

Quedarse en América Latina es imprescindible para pensar como latinoamericano, sostiene Rama. Aquí es fundamental recordar su relación con la docencia, que fue el sustento de sus investigaciones. Tanto en su diario como en la correspondencia, Rama habla de sus clases como la práctica que lo pone en la tierra, que resulta del intercambio con estudiantes pero, muy especialmente, es la práctica que le permite formar a las nuevas generaciones en el pensamiento crítico latinoamericano. Las clases le dan el impulso con el que después escribirá sus investigaciones, las que saldrán al mundo a debatir con las otras literaturas. Al final de su vida, sin embargo, irá a trabajar a Estados Unidos, cuando progresivamente se le vayan cerrando otras puertas laborales. Y, finalmente, será expulsado de ese país, acusado de comunista. En otra carta a Rufinelli, el 1 de septiembre de 1971: “Estoy trabajando en un plan de integración cultural latinoamericana que me pidió la Unión de Universidades de América Latina con destino al gran congreso que esperan realizar en México” (p. 353). Muchos proyectos parecidos, sobre la integración latinoamericana y cómo ejercerla desde la cultura, lo entusiasmaron en esos años. El 8 de noviembre de 1973, por poner otro ejemplo, le escribe a Antonio Candido, desde Caracas, sobre el proyecto latinoamericanista:

Como para mí coincidir contigo es la corroboración de que no me equivoco, te imaginas la alegría que me produjo leerte. Tenía razón yo cuando insistía en que debemos formar ese equipo latinoamericano, coherente y serio, de estudiosos, capaces de trabajar sobre nuestra cultura y nuestra América. Como a pesar de que tienes pocos años más que yo eres de algún modo el padre de todo esto, es a ti a quien correspondería poner en marcha ese equipo y con una finalidad concreta e inmediata: reescribir la Historia de la Literatura Latinoamericana, eso que nunca se hizo y que estamos obligados a hacer nosotros. ¡Ojalá nos dé tiempo el Señor! (Rama, 2001, pp. 431-432)

Pero detrás de los proyectos genuinos y que lleva adelante con una voluntad de hierro, aparecen las fisuras, las peleas, competencias y miserias intelectuales. En la misma carta, sostiene “El Congreso de Lima fue de una chatura desoladora y solo se justificó para nosotros por el encuentro con los amigos (Oviedo, Vargas, etc.)” (Rama, 2001, p. 355). Creo que la carta que le escribe a Marta Traba desde Caracas el 23 de octubre de 1973 resume bien el problema:

Y [pensé] en muchas cosas de nuestra instalación dentro de América Latina, tan excéntrica a nuestros lugares de origen y a nuestras formaciones básicas y raigales, que tampoco han desaparecido pero que se han mixturado con otras formas. Es lo que intuyo como el sistema latinoamericano, que solo puede existir en la medida en que lo vamos construyendo en nuestra conciencia, en nuestros comportamientos, en nuestros valores, y que al fin tenía que producirse como consecuencia de un modo de vida que se ha caracterizado por el desplazamiento, por la inclusión en otras áreas de cultura, por los procesos de adaptación y lo que ahora llamo, más estrictamente, transculturaciones, y que debían dar resultantes no previstas inicialmente. Lo que somos por nuestros orígenes culturales, lo que devenimos a través de la praxis de nuestras vidas. Porque esto que hago es partir de ejemplos asociados analógicamente para generalizar leyes, en un modo muy propio del sur, cuyo peligro es ausentarse de la experiencia concreta para funcionar en las líneas paradigmáticas y cuya virtud es la capacidad para revisar panorámicamente (a la europea, claro) los funcionamientos espontáneos, buscando sus dominantes y sus mecanismos generalizados. (Rama, 2001, p. 423)

Habría muchas más citas como esta donde Rama vaya dejando en claro la construcción del latinoamericanismo como un acto de la voluntad, como esta migración a través de identidades culturales diferentes que va produciendo la “transculturación”, una de las últimas categorías que creó para entender lo latinoamericano. Y es admirable que todo aquello haya quedado como legado de la crítica de esos años porque también fueron años de decepción. Rama escribe en su diario:

Reunión con los delegados extranjeros para oírles sugerencias sobre la Biblioteca Ayacucho./ Casi nada de interés, sobre todo a causa de la estrechez nacionalista de miras... Compruebo, y con la mejor audiencia posible, la atroz incomunicación latinoamericana. Y, más que nada, la ausencia de un verdadero plano continental, unitario para medir su creación cultural, aplicando en la óptica crítica esa conciencia latinoamericana de la que tanto se habla y la que tan escasamente se practica. [...]

Los demás grises, homogéneos. Es el famoso equipo latinoamericanista creado por el tesón de Zea y en el cual he participado con entusiasmo..., de ahí que con inquietud los vea ahora como esa partida de soldados derrotados, viejos, perdidos de su propio ejército, fieles, constantes y ya extraviados, que se van poniendo grises y blancos mientras rotan, incansables, por los mismos sitios, repitiendo las mismas palabras. (Rama, 2001, pp. 39-40)

Ya estamos a fines de los 70. El futuro se convierte en pasado en la reflexión de un Rama decepcionado no solo profesional sino personalmente (la escasez de dinero, el paso del tiempo, la inseguridad laboral). El ciclo del futuro no fue muy largo para aquellos intelectuales, pero estuvo marcado por una notable intensidad; fueron los años de la creación de un pensamiento crítico latinoamericano que organizó el futuro de la disciplina, pero también de la formación y las vidas de quienes vinieron después. Años en que la voluntad de creación se impuso ante los conflictos, las diferencias, las decepciones. Si en el diario y las cartas de los años 70 leemos la decepción, el fracaso (o extinción) de los proyectos, el legado de esos años, por el contrario, es la construcción de una

teoría y de un corpus latinoamericano, una disciplina que se diferenciara en su originalidad y que estuviera al nivel de las discusiones intelectuales del mundo moderno.

CONCLUSIÓN: TEORÍA Y GÉNERO

Por último, quisiera agregar que la crítica de esos años fue también una posesión de género, el ejercicio de una masculinidad variada, pero normativa, impenetrable a otras diferencias que no fueran las de la identidad político-cultural hegemónica. Esa identidad se pensó como una resistencia al pensamiento liberal, una resistencia en sintonía con los discursos revolucionarios, una resistencia a la política tradicional. La teoría como género y la discusión como práctica intelectual serán vitales en esos años (Peller, 2016). Entre la sociología de la literatura y la cultura y el estructuralismo y sus reformulaciones, los críticos y teóricos del latinoamericanismo de esos años definieron una agenda de problemas y una forma de encararlos, crearon su propio espacio e institucionalizaron definitivamente una profesión. Los esfuerzos de la generación crítica y teórica de los 60 se concentraron en deconstruir los mecanismos de dominación de las elites a través de la cultura, manteniendo las figuras de autoridad.

Allí están los excelentes textos críticos de Ángel Rama sobre Rubén Darío, sobre la ciudad letrada; los sofisticados libros de David Viñas sobre Lucio V. Mansilla y la generación del 80; los trabajos de Antonio Cornejo Polar sobre la oralidad y sobre Arguedas, desmontando el dispositivo del indigenismo en las culturas andinas. Ellos y sus proyectos (editoriales, historias de la literatura, revistas) recurren a una revisión por primera vez muy crítica del canon y de la tradición cultural del liberalismo. Y desde esa revisión crearon una voz para discutirlos y ponerse en el reverso de su historia. Esa operación fue fundamental para desmontar una idea conservadora de cultura. Sus esfuerzos se concentraron en deconstruir los mecanismos de dominación de las elites a través de la cultura. Los libros fundamentales del período permiten leer ese trabajo crítico: *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas (1982), *La ciudad letrada* de Ángel Rama (1984a), *Escribir en el aire* de Cornejo Polar (1994). Ellos sentaron las bases de un pensamiento crítico sin llegar a ser un pensar alternativo. El esfuerzo por construir una contra-versión de la historia ocupó todas las energías.

El discurso crítico y teórico fue marcadamente masculino¹¹. Lo que se buscaba por entonces era una teoría 'situada', diferente, que creara su propia lengua y que se enfrentara a las teorías

¹¹ Diana Sorensen, en *A Turbulent Decade Remembered* (2007), hace un punto de la fraternidad masculina de esos años y el papel muy secundario de las mujeres. Más recientemente en *1968 Mexico. Constellations of Freedom and*

hegemónicas. Fue una batalla simbólica importante que terminó aplastada, entre otras cosas, por las dictaduras del continente y la general represión hemisférica. Esos años fueron los de una gran exposición pública de los intelectuales (Gilman, 2012). Artistas, escritores, intelectuales, salieron a la escena pública, a las mesas redondas, las pantallas de televisión, las revistas semanales de circulación masiva, la vida pública (Franco, 1986). Esta salida a la escena pública implicó, por ejemplo, la aparición de un discurso que interpelara a un público más extenso, no de pares. Los escritores e intelectuales comenzaron a intervenir en los temas si no cotidianos, por lo menos que interpelaban a una sociedad general, la que leía las revistas de actualidad, la que seguía los programas culturales y políticos de televisión. Resulta curioso que estos críticos hayan formado una generación (posterior) de mujeres críticas, pero en su momento acapararon la práctica y el discurso crítico en la fraternidad masculina. Excepto Marta Traba, en el campo del arte y excepto también Ana Pizarro y Haydée Santamaría, que quedan como piezas sueltas en el homogéneo bloque masculino del momento. Pizarro trabajó en proyectos de alcance latinoamericano en discusiones que quisieron sentar las bases de una historia literaria del subcontinente, cercana a las ideas de Antonio Candido y Ángel Rama, trabajó con ellos pero los proyectos no prosperaron¹². En México, Elena Poniatowska también operó en un circuito externo, fuera de la cofradía masculina, teniendo que crear su propio espacio. Por esos años, la crítica de la literatura latinoamericana comenzó a tener un impacto fuerte en la academia de Estados Unidos, con resultados diversos. Jean Franco y Sylvia Molloy hicieron carreras muy diferentes; Franco estuvo más involucrada en la política de izquierda, participó de algunos encuentros, y si bien se percibe una agenda de temas y aproximaciones teóricas diferentes, ella representa una solidaridad fuerte con los grupos progresistas de América Latina (de hecho, Rama la incorporó a muchos de sus proyectos). El trabajo de Molloy generó un lugar único, que abrió puertas al futuro, para los latinoamericanistas más jóvenes. Jean Franco, en “Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana”, todavía reclamaba: “En primer lugar, la teoría feminista

Democracy (2018) Susana Draper estudia la agencia de mujeres directoras, escritoras, en México en el contexto de los conflictos del 68 en sordina frente al contrato patriarcal de la cultura. Según Draper las mujeres no estaban en un segundo plano sino muy activas, pero hubo formas institucionales e incluso alternativas de invisibilizar o desautorizar las prácticas alternativas feministas.

¹² Entre el 4 y el 6 de julio de 1983 se realizó el “Encuentro sobre historia de la literatura latinoamericana”, en la Universidad de Campinas (Unicamp), en la ciudad de Campinas, Brasil. El proyecto de discutir las bases para escribir una historia colectiva de la literatura latinoamericana fue impulsado por A. Candido y Rama. Parte de los trabajos y discusiones fueron publicados en un libro que editó Ana Pizarro (1985). Según la correspondencia de Rama el encuentro no dejó muchos resultados positivos. La muerte de Rama, poco después, fue desvaneciendo el proyecto.

latinoamericana tiene que partir de una crítica de las instituciones y, antes que nada, del sistema literario en sí mismo” (Franco, 1986, p. 265). Es algo que hizo Molloy a partir de la teoría *queer*.

Pero en América Latina, a pesar de las declamaciones decoloniales, transculturaciones y lecturas a contrapelo, el pensamiento crítico-teórico nace marcado, y marcado como masculino. Quizás por eso (y por la fuerza negativa que todavía tiene la academia norteamericana en el contexto intelectual latinoamericano de esos años) mujeres que estaban comprometidas con la construcción de una voz desde el género y que también estaban empeñadas en politizar la crítica, intelectuales como Mary Louise Pratt, Francine Masiello, Sara Castro-Klarén, Ileana Rodríguez entre otras, lanzaron también sus trabajos a las generaciones futuras. Pero todas ellas trabajaban fuera del continente y en un territorio considerado enemigo¹³. Estados Unidos era el enemigo común. Pero las feministas lo sabían: deconstruir la práctica y el discurso críticos requería, necesariamente, una deconstrucción de la institución disciplinaria. En aquel momento, la institución se estaba construyendo y no admitía disidencias.

Las críticas feministas fueron construyendo una voz nueva que, como dije, lanzaron hacia el futuro. Hoy, cuando la disciplina del latinoamericanismo ya está consolidada, nuevas prácticas vienen a desarticular sus certezas. El feminismo es una de esas prácticas. Con la fuerza del activismo en las calles, los movimientos feministas de América Latina están construyendo nuevos discursos críticos y teóricos que, efectivamente, están generando ideas desde las comunidades locales, interpelando al resto del mundo. Las traducciones de libros recientes dan una idea de esos cambios: Marta Lamas (2011), Verónica Gago (2017), Nelly Richard (2018), Silvia Rivera Cusicanqui (2020), María Pía López (2020), Paula Biglieri y Luciana Cadahia (2021), Rita Segato (2022), Suely Rolnik (2023).

Una teoría latinoamericana desde el feminismo hacia el mundo, arraigada en la luchas de las mujeres, parece posible en el siglo XXI. Pero esta teoría no intenta establecer una nueva hegemonía sino una posición. Ya no se habla de feminismo sino de los feminismos porque América Latina es consciente de sus diferencias y por eso habrá feminismos indígenas, afrodescendientes, transgénicos, mestizos, urbanos y campesinos. La mundialización de la teoría contemporánea en América Latina está arraigada no en ideas de autenticidad sino de posicionamiento y, por sobre todo, de entender la cultura como una forma de lucha y activismo.

¹³ Baste recordar las polémicas en torno a la residencia de Cortázar en París. Perdonable a regañadientes en su caso, quienes vivían en Estados Unidos no eran fácilmente integrables a la comunidad crítica.

REFERENCIAS

- Ayén, X. (2014). *Aquellos años del Boom. García Márquez, Vargas Llosa y el grupo de amigos que lo cambiaron todo*. RBA Libros.
- Biglieri, P. & Cadahia, L. (2021). *Seven Essays on Populism: For a Renewed Theoretical Perspective*. Polity Press.
- Cornejo Polar, A. (1994). *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Editorial Horizonte.
- Degiovanni, F. (2018). *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*. University of Pittsburgh Press.
- Degiovanni, F. (2024). *Latinoamericanismos situados*. Universidad Autónoma Metropolitana. <https://casadelibrosabiertos.uam.mx/gpd-latinoamericanismos-situados-9786072830707.html>
- Draper, S. (2018). *1968 Mexico: Constellations on Freedom and Democracy*. Duke University Press.
- Fernández Retamar, R. (1971). *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América*. Casa de las Américas.
- Franco, J. (1986). Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana. *Hispanérica* 15(45), 31-43. <https://www.jstor.org/stable/20539210>
- Gago, V. (2017). *Neoliberalism from Below: Popular Pragmatics and Baroque Economies*. Duke University Press.
- Gilman, C. (2012). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo XXI.
- Giroud, P. (Director). (2022). *El caso Padilla* [Documental]. Figa Films.
- Guerrero, J. (2022). *Escribir después de morir. El archivo y el más allá*. Metales Pesados.
- Lamas, M. (2011). *Feminism: Transmissions and Retransmissions*. Palgrave Macmillan.
- López, M. P. (2020). *Not One Less: Mourning, Disobedience and Desire*. Polity Press.
- Montaldo, G. (2016). Literatura + Teoría = Revolución. Cuadernos LIRICO, 15. <https://doi.org/10.4000/lirico.2962>
- Montaldo, G. (2019). Rayuela: una enciclopedia para rebeldes. En J. Cortázar, *Rayuela* (ed. conmemorativa, pp. 927-959). Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española.
- Mudrovcic, M. E. (1997). *Mundo Nuevo: cultura y guerra fría en la década del 60*. Beatriz Viterbo.
- Pizarro, A. (Ed.). (1985). *La literatura latinoamericana como proceso*. Centro Editor de América Latina.
- Peller, D. (2016). *Pasiones teóricas. Crítica y literatura en los setenta*. Santiago Arcos.
- Rama, A. (1982). *Transculturación narrativa en América Latina*. Siglo XXI.

- Rama, A. (1984a). *La ciudad letrada*. Fundación Internacional Ángel Rama.
- Rama, A. (1984b). *Más allá del Boom. Literatura y mercado*. Folios.
- Rama, A. (2001). *Diario 1974-1983* (R. Peyrou, Ed.). Ediciones Trilce.
- Rama, A. (2022). *Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983*. Estuario Editora.
- Richard, N. (2018). *Eruptions of Memory: The Critique of Memory in Chile, 1990–2015*. Polity Press.
- Rivera Cusicanqui, S. (2020). *Ch'ixinakax utxiwa: On Decolonising Practices and Discourses*. Polity Press.
- Rolnik, S. (2023). *Spheres of Insurrection: Notes on Decolonizing the Unconscious*. Polity Press.
- Said, E. W. (2000). Traveling theory reconsidered. En *Reflections on exile and other essays* (pp. 435-452). Harvard University Press.
- Sarduy, S. (1969). *Escrito sobre un cuerpo*. Sudamericana.
- Segato, R. (2022). *The Critique of Coloniality: Eight Essays*. Routledge.
- Sorensen, D. (2007). *A Turbulent Decade Remembered. Scenes from the Latin American Sixties*. Stanford University Press.
- Viñas, D. (1982). *Literatura argentina y realidad política*. Centro Editor de América Latina.